

## UNA EXPERIENCIA PRIVADA

Chika entra primero por la ventana de la tienda de comestibles y sostiene el postigo para que la mujer la siga. La tienda parece haber sido abandonada mucho antes de que empezaran los disturbios; las estanterías de madera están cubiertas de polvo amarillo, al igual que los contenedores metálicos amontonados en una esquina. Es una tienda pequeña, más pequeña que el vestidor que tiene Chika en su país. La mujer entra y el postigo chirría cuando Chika lo suelta. Le tiemblan las manos y le arden las pantorrillas después de correr desde el mercado tambaleándose sobre sus sandalias de tacón. Quiere dar las gracias a la mujer por haberse detenido al pasar por su lado para decirle «¡No corras hacia allí!», y haberla conducido hasta esta tienda vacía en la que esconderse. Pero antes de que pueda darle las gracias, la mujer se lleva una mano al cuello.

—He perdido collar mientras corro.

—Yo he soltado todo —dice Chika—. Acababa de comprar unas naranjas y las he soltado junto con el bolso.

No añade que el bolso era un Burberry original que le compró su madre en un viaje reciente a Londres.

La mujer suspira y Chika imagina que está pensando en su collar, probablemente unas cuentas de plástico ensartadas en una cuerda. Aunque no tuviera un fuerte acento hausa, sabría que es del norte por el rostro estrecho y la curiosa curva de sus pómulos, y que es musulmana por el pañuelo. Ahora le cuelga del cuello, pero poco antes debía de llevarlo alrededor de la cara, tapándole las orejas. Un pañuelo largo y fino de color rosa

y negro, con el vistoso atractivo de lo barato. Se pregunta si la mujer también la está examinando a ella, si sabe por su tez clara y el anillo rosario de plata que su madre insiste en que lleve que es igbo y cristiana. Más tarde se enterará de que, mientras las dos hablan, hay musulmanes hausas matando a cristianos igbos a machetazos y pedradas. Pero en este momento dice:

—Gracias por llamar me. Todo ha ocurrido muy deprisa y la gente ha echado a correr, y de pronto me he visto sola, sin saber qué hacer. Gracias.

—Este lugar seguro —dice la mujer en voz tan baja que suena como un suspiro—. No van a todas las tiendas pequeñas-pequeñas, solo a las grandes-grandes y al mercado.

—Sí —dice Chika.

Pero no tiene motivos para estar de acuerdo o en desacuerdo, porque no sabe nada de disturbios; lo más cerca que ha estado de uno fue hace unas semanas en una manifestación de la universidad a favor de la democracia en la que había sostenido una rama verde y se había unido a los cantos de «¡Fuera el ejército! ¡Fuera Abacha! ¡Queremos democracia!». Además, nunca habría participado si su hermana Nnedi no hubiera estado entre los organizadores que habían ido de residencia en residencia repartiendo panfletos y hablando a los estudiantes de la importancia de «hacernos oír».

Le siguen temblando las manos. Hace justo una hora estaba con Nnedi en el mercado. Se ha parado a comprar naranjas y Nnedi ha seguido andando hasta el puesto de cacahuetes, y de pronto se han oído gritos en inglés, en el idioma criollo, en hausa y en igbo: «¡Disturbios! ¡Han matado a un hombre!». Y a su alrededor todos se han puesto a correr, empujándose unos a otros, volcando carretas llenas de ñames y dejando atrás las verduras golpeadas por las que acababan de regatear. Ha oido a sudor y a miedo, y también se ha echado a correr por las calles anchas y luego por ese estrecho callejón que ha temido, mejor dicho, ha intuido, que era peligroso, hasta que ha visto a la mujer.

La mujer y ella se quedan un rato en silencio, mirando hacia la ventana por la que acaban de entrar, con el postigo chirriante que se balancea en el aire. Al principio la calle está silenciosa, luego se oyen unos pies corriendo. Las dos se apartan instantáneamente de la ventana, aunque Chika alcanza a ver pasar a un hombre y una mujer, ella con una túnica hasta las rodillas y un crío a la espalda. El hombre hablaba rápidamente en igbo y todo lo que ha entendido Chika ha sido: «Puede que haya corrido a la casa del tío».

—Cierra ventana —dice la mujer.

Chika así lo hace, y sin el aire de la calle, el polvo que flota en la habitación es tan espeso que puede verlo por encima de ella. El ambiente está cargado y no huele como las calles de fuera, que apestan como el humo color cielo que flota alrededor en Navidad cuando la gente arroja las cabras muertas al fuego para quitar el pelo de la piel. Las calles por donde ha corrido ciegamente, sin saber hacia dónde ha ido Nnedi, sin saber si el hombre que corría a su lado era amigo o enemigo, sin saber si debía parar y recoger a alguno de los niños aturdidos que con las prisas se ha separado de su madre, sin saber quién era quién ni quién mataba a quién.

Más tarde verá los armazones de los coches incendiados, con huecos irregulares en lugar de ventanillas o parabrisas, e imaginará los coches en llamas desperdigados por toda la ciudad como hogueras, testigos silenciosos de tanta atrocidad. Averiguará que todo empezó en el aparcamiento cuando un hombre pisó con las ruedas de su furgoneta un ejemplar del Santo Corán que había a un lado de la carretera, un hombre que resultó ser un igbo cristiano. Los hombres de alrededor, que se pasaban el día jugando a las damas y que resultaron ser musulmanes, lo hicieron bajar de la furgoneta, le cortaron la cabeza de un machetazo y la llevaron al mercado pidiendo a los demás que los siguieran: ese infiel había profanado el Santo Libro. Chika imaginará la cabeza del hombre, la piel ceniza de la muerte, y tendrá arcadas y vomitará hasta que le duela la barriga. Pero ahora pregunta a la mujer:

—¿Todavía huele a humo?

—Sí. —La mujer se desabrocha la tela que lleva anudada a la cintura y la extiende en el suelo polvoriento. Debajo solo lleva una blusa y una combinación negra rasgada por las costuras—. Siéntate.

Chika mira la tela deshilachada extendida en el suelo; probablemente es una de las dos túnicas que tiene la mujer. Baja la vista hacia su falda tejana y su camiseta roja estampada con una foto de una Estatua de la Libertad, las dos compradas el verano que Nnedi y ella pasaron dos semanas en Nueva York con unos parientes.

—Se la ensuciaré —dice.

—Siéntate —repita la mujer—. Tenemos que esperar mucho rato.

—¿Sabe cuánto...?

—Hasta esta noche o mañana por la mañana.

Chika se lleva una mano a la frente como para comprobar si tiene fiebre. El roce de su palma fría suele calmarla, pero esta vez la nota húmeda y sudada.

—He dejado a mi hermana comprando cacahuetes. No sé dónde está.

—Irá a un lugar seguro.

—Nnedi.

—¿Eh?

—Mi hermana. Se llama Nnedi.

—Nnedi —repita la mujer, y su acento hausa envuelve el nombre igbo de una suavidad plumosa.

Más tarde Chika recorrerá los depósitos de cadáveres de los hospitales buscando a Nnedi; irá a las oficinas de los periódicos con la foto que les hicieron a las dos en una boda hace una semana, en la que ella sale con una sonrisa boba porque Nnedi le dio un pellizco justo antes de que dispararan, las dos con trajes bañera de Ankara. Pegará fotos en las paredes del mercado y en las tiendas cercanas. No encontrará a Nnedi. Nunca la encontrará. Pero ahora dice a la mujer:

—Nnedi y yo llegamos la semana pasada para ver a nuestra tía. Estamos de vacaciones.

—¿Dónde estudiáis?

—Estamos en la Universidad de Lagos. Yo estudio medicina, y Nnedi ciencias políticas.

Chika se pregunta si la mujer sabe lo que significa ir a la universidad. Y se pregunta también si ha mencionado la universidad solo para alimentarse de la realidad que ahora necesita: que Nnedi no se ha perdido en un disturbio, que está a salvo en alguna parte, probablemente riéndose con la boca abierta a su manera relajada o haciendo una de sus declaraciones políticas. Sobre cómo el gobierno del general Abacha utiliza la política exterior para legitimarse a los ojos de los demás países africanos. O que la enorme popularidad de las extensiones de pelo rubio era consecuencia directa del colonialismo británico.

—Solo llevamos una semana aquí con nuestra tía, ni siquiera hemos estado en Kano —dice Chika, y se da cuenta de lo que está pensando: su hermana y ella no deberían verse afectadas por los disturbios. Eso era algo sobre lo que leías en los periódicos. Algo que sucedía a otras personas.

—¿Tu tía está en mercado? —pregunta la mujer.

—No, está trabajando. Es la directora de la Secretaría.

Chika vuelve a llevarse una mano a la frente. Se agacha hasta sentarse en el suelo, mucho más cerca de la mujer de lo que se habría permitido en circunstancias normales, para apoyar todo el cuerpo en la tela. Le llega el olor de la mujer, algo intenso como la pastilla de jabón con que la criada lava las sábanas.

—Tu tía está en lugar seguro.

—Sí —dice Chika. La conversación parece surrealista; tiene la sensación de estar observándose a sí misma—. Sigo sin creer que estoy en medio de un disturbio.

La mujer mira al frente. Todo en ella es largo y esbelto, las piernas extendidas ante sí, los dedos de las manos con las uñas manchadas de henna, los pies.

—Es obra del diablo —dice por fin.

Chika se pregunta si eso es lo que piensan todas las mujeres de los disturbios, si eso es todo lo que ven: el diablo. Le gustaría que Nnedi estuviera allí con ella. Imagina el marrón chocolate de sus ojos al iluminarse, sus labios moviéndose deprisa al explicar que los disturbios no ocurren en un vacío, que lo religioso y lo étnico a menudo son politizados porque el gobernante está seguro si los gobernados hambrientos se matan entre sí. Luego siente una punzada de remordimientos y se pregunta si la mente de esa mujer es lo bastante grande para entenderlo.

—¿Ya estás viendo a enfermos en la universidad? —pregunta la mujer.

Chika desvía rápidamente la mirada para que no vea su sorpresa.

—En mis prácticas? Sí, empezamos el año pasado. Vemos a pacientes del hospital clínico.

No añade que a menudo le invaden las dudas, que se queda al final del grupo de seis o siete estudiantes, rehuyendo la mirada del profesor y rezando para que no le pida que examine un paciente y dé su diagnóstico diferencial.

—Yo soy comerciante —dice la mujer—. Vendo cebollas.

Chika busca en vano una nota de sarcasmo o reproche en su tono. La voz suena baja y firme, una mujer que dice a qué se dedica sin más.

—Espero que no destruyan los puestos del mercado —responde; no sabe qué más decir.

—Cada vez que hay disturbios destrozan el mercado.

Chika quiere preguntarle cuántos disturbios ha presenciado, pero se contiene. Ha leído sobre los demás en el pasado: fanáticos musulmanes hausas que atacan a cristianos igbos, y a veces cristianos igbos que emprenden misiones de venganza asesinas. No quiere que empiecen a dar nombres.

—Me arden los pezones como si fueran pimienta.

Antes de que Chika pueda tragar la burbuja de sorpresa que tiene en la garganta y responder algo, la mujer se levanta la blusa y se desabrocha el cierre delantero de un gastado sujetador.

tador negro. Saca los billetes de diez y veinte nairas que lleva doblados en el sujetador antes de liberar los pechos.  
—Me arden como pimienta —repite, cogiéndoselos con las manos ahuecadas e inclinándose hacia Chika como si se los ofreciera.

Chika se aparta. Recuerda la ronda en la sala de pediatría de hace una semana: su profesor, el doctor Olunloyo, quería que todos los alumnos oyieran el soplo al corazón en cuarta fase de un niño que los observaba con curiosidad. El médico le pidió a Chika que empezara y ella se puso a sudar con la mente en blanco, sin saber muy bien dónde estaba el corazón. Al final puso una mano temblorosa en el lado izquierdo de la tetilla del niño, y al notar bajo los dedos el vibrante zumbido de la sangre yendo en la otra dirección, se disculpó tartamudeando ante el niño, aunque él le sonreía.

Los pezones de la mujer no son como los de ese niño. Son marrón oscuro, y están cuarteados y tirantes, con la areola de color más claro. Chika los examina con atención, los toca.

—¿Tiene un bebé? —pregunta.

—Sí. De un año.

—Tiene los pezones secos, pero no parecen infectados. Después de dar de mamar debe aplicarse una crema. Y cuando dé de mamar, asegúrese de que el pezón y también lo otro, la areola, encajan en la boca del niño.

La mujer mira a Chika largo rato.

—La primera vez de esto. Tengo cinco hijos.

—A mi madre le pasó lo mismo. Se le agrietaron los pezones con el sexto hijo y no sabía cuál era la causa, hasta que una amiga le dijo que tenía que hidratarlos —explica Chika.

Casi nunca miente, y las pocas veces que lo hace siempre es por alguna razón. Se pregunta qué sentido tiene mentir, la necesidad de recurrir a un pasado ficticio parecido al de la mujer; Nnedi y ella son las únicas hijas de su madre. Además, su madre siempre tuvo a su disposición al doctor Iggokwe, con su formación y su afectación británicas, con solo levantar el teléfono.

—¿Con qué se frota su madre el pezón? —pregunta la mujer.

—Manteca de coco. Las grietas se le cerraron enseguida.

—¿Eh? —La mujer observa a Chika más rato, como si esa revelación hubiera creado un vínculo—. Está bien, lo haré. —Juega un rato con su pañuelo antes de añadir—: Estoy buscando a mi hija. Vamos al mercado juntas esta mañana. Ella está vendiendo cacahuetes cerca de la parada de autobús, porque hay mucha gente. Luego empieza el disturbio y yo voy arriba y abajo buscándola.

—¿El bebé? —pregunta Chika, sabiendo lo estúpida que parece incluso mientras lo pregunta.

La mujer sacude la cabeza y en su mirada hay un destello de impaciencia, hasta de cólera.

—¿Tienes problema de oído? ¿No oyes lo que estoy diciendo?

—Lo siento.

—¡Bebé está en casa! Esta es mi hija mayor.

La mujer se echa a llorar. Llora en silencio, sacudiendo los hombros, no con la clase de sollozos fuertes de las mujeres que conoce, que parecen decir a gritos: «Sujétame y consuérame porque no puedo soportar esto yo sola». El llanto de esta mujer es privado, como si llevara a cabo un ritual necesario que no involucra a nadie más.

Más tarde Chika lamentará la decisión de haber dejado el barrio de su tía y haber ido al mercado con Nnedi en un taxi para ver un poco del casco antiguo de Kano; también lamentará que la hija de la mujer, Halima, no se haya quedado en casa esta mañana por pereza, cansancio o indisposición, en lugar de salir a vender cacahuetes.

La mujer se seca los ojos con un extremo de la blusa.

—Que Alá proteja a tu hermana y a Halima en un lugar seguro —dice.

Y como Chika no está segura de lo que contestan los musulmanes y no puede decir «Amén», se limita a asentir.

La mujer ha descubierto un grifo oxidado en una esquina de la tienda, cerca de los contenedores metálicos. Tal vez donde el dueño se lavaba las manos, dice, y explica a Chika que las tiendas de esa calle fueron abandonadas hace meses, después de que el gobierno ordenara su demolición por tratarse de estructuras ilegales. Abre el grifo y las dos observan sorprendidas cómo sale un pequeño chorro de agua. Marronosa y tan metálica que a Chika le llega el olor. Aun así, corre.

—Lavo y rezó —dice la mujer en voz más alta, y sonríe por primera vez, dejando ver unos dientes uniformes con los incisivos manchados.

En las mejillas le salen unos hoyuelos lo bastante profundos para tragarse la mitad de un dedo, algo insólito en una cara tan delgada. Se lava torpemente las manos y la cara en el grifo, luego se quita el pañuelo del cuello y lo pone en el suelo. Chika aparta la mirada. Sabe que la mujer está de rodillas en dirección a La Meca, pero no mira. Como las lágrimas, es una experiencia privada y le gustaría salir de la tienda. O poder rezar también y creer en un dios, una presencia omnisciente en el aire viciado de la tienda. No recuerda cuándo su idea de Dios no ha sido borrosa como el reflejo de un espejo empañado por el vaho, y no se recuerda intentando limpiar el espejo.

Toca el anillo rosario que todavía lleva en el dedo, a veces en el meñique y otras en el índice, para complacer a su madre. Nnedi se lo quitó, diciendo con su risa gangosa: «Los rosarios son como poción mágicas. No las necesito, gracias».

Más tarde la familia ofrecerá una misa tras otra para que Nnedia aparezca sana y salva, nunca por el reposo de su alma. Y Chicka pensará en esa mujer, rezando con la cabeza vuelta hacia el suelo polvoriento, y cambiará de parecer antes de decir a su madre que está malgastando el dinero con esas misas que solo sirven para engrosar las arcas de la iglesia.

Cuando la mujer se levanta, Chika se siente extrañamente vigorizada. Han pasado más de tres horas e imagina que el disturbio se ha calmado, que los responsables ya están lejos.

Tiene que irse, tiene que volver a casa y asegurarse de que Nnedi y su tía están bien.

-Debo irme.

De nuevo la cara de impaciencia de la mujer.

-Todavía es peligroso salir.

-Creo que se han marchado. Ya no huele el humo.

La mujer se sienta de nuevo sobre la tela sin decir nada. Chika la observa un rato, sintiéndose decepcionada sin saber por qué. Tal vez esperaba de ella una bendición.

-¿Está muy lejos tu casa? —pregunta.

-Lejos. Cojo dos autobuses.

-Entonces volveré con el chófer de mi tía para acompañarte —dice Chika.

La mujer desvía la mirada.

Chika se acerca despacio a la ventana y la abre. Espera oír gritar a la mujer que se detenga, que vuelva, que no hay prisa. Pero la mujer no dice nada y Chika nota su mirada clavada en la espalda mientras sale.

Las calles están silenciosas. Se ha puesto el sol y en la media luz crepuscular Chika mira alrededor, sin saber qué dirección tomar. Reza para que aparezca un taxi, ya sea por arte de magia, suerte o la mano de Dios. Luego reza para que Nnedi esté en ese taxi, preguntándole dónde demonios se ha metido y lo preocupados que han estado por ella. No ha llegado al final de la segunda calle en dirección al mercado cuando ve el cadáver. Apenas lo ve pero pasa tan cerca que le llega el calor. Acaban de quemarlo. El olor que desprende es repulsivo, a carne asada, no se parece a nada que haya oido antes.

Más tarde, cuando Chika y su tía recorran todo Kano con un policía en el asiento delantero del coche con aire acondicionado de su tía, verá otros cadáveres, muchos carbonizados, tendidos a lo largo de las calles como si alguien los hubiera arrastrado y colocado cuidadosamente allí. Mirará solo uno de los cadáveres, desnudo, rígido, boca abajo, y se dará cuen-

ta de que solo viendo esa carne chamuscada no puede saber si el hombre parcialmente quemado es igbo o Hausa, cristiano o musulmán. Escuchará por la radio la BBC y oirá las descripciones de las muertes y del disturbio («religioso con un fondo de tensiones étnicas», dirá la voz). Y la arrojará contra la pared y una feroz cólera la inundará ante cómo han empalado, saneado y comprimido todos esos cadáveres en unas pocas palabras. Pero ahora, el calor que desprende el cadáver carbonizado está tan cerca, tan presente, que se vuelve y regresa corriendo a la tienda. Siente un dolor agudo en la parte inferior de la pierna mientras corre. Llega a la tienda y golpea la ventana, y no para de golpearla hasta que la mujer abre.

Se sienta en el suelo y, a la luz cada vez más tenue, observa el hilo de sangre que le baja por la pierna. Los ojos le bailan inquietos en la cabeza. Esa sangre parece ajena a ella, como si alguien le hubiera embadurnado la pierna con puré de tomate.

—Tu pierna. Tienes sangre —dice la mujer con cierta cautela.

Moja un extremo de su pañuelo en el grifo y le lava el corte de la pierna, luego se lo enrolla alrededor y hace un nudo.

—Gracias —dice Chika.

—¿Necesitas ir al baño?

—¿Al baño? No.

—Los contenedores de allí los estamos utilizando como baños —explica la mujer.

La lleva al fondo de la tienda y en cuanto llega a la nariz de Chika el olor, mezclado con el del polvo y el agua metálica, siente náuseas. Cierra los ojos.

—Lo siento. Tengo el estómago revuelto. Por todo lo que está pasando hoy —se disculpa la mujer a sus espaldas.

Luego abre la ventana, deja el contenedor fuera y se lava las manos en el grifo. Cuando vuelve, Chika y ella se quedan sentadas una al lado de la otra en silencio; al cabo de un rato oyen el canto ronco a lo lejos, palabras que Chika no entiende. La tienda está casi totalmente oscura cuando la mujer se tiende en el suelo, con solo la parte superior del cuerpo sobre la tela.

Más tarde Chika leerá en *The Guardian* que «hay antecedentes de violencia por parte de los musulmanes reaccionarios hausaparlantes del norte contra los no musulmanes», y en medio de su dolor recordará que examinó los pezones y conoció la amabilidad de una musulmana hausa.

Chika apenas duerme en toda la noche. La ventana está cerrada, el ambiente cargado, y el polvo, grueso y granulado, se le mete por las fosas nasales. No logra dejar de ver el cadáver ennegrecido flotando en un halo junto a la ventana, señalándola acusadora. Al final oye a la mujer levantarse y abrir la ventana, dejando entrar el azul apagado del amanecer. Se queda un rato allí de pie antes de salir. Chika oye las pisadas de la gente que pasa por la acera. Oye a la mujer llamar a alguien, y una voz que se alza al reconocerla seguida de una parrafada en hausa rápido que no entiende.

La mujer entra de nuevo en la tienda.

—Ha terminado el peligro. Es Abu. Está vendiendo provisiones. Va a ver su tienda. Por todas partes hay policía con gas lacrimógeno. El soldado viene para aquí. Me voy antes de que el soldado empiece a acosar a todo el mundo.

Chika se levanta despacio y se estira; le duelen las articulaciones. Caminará hasta la casa con verja de su tía porque no hay taxis por las calles, solo jeeps militares y coches patrulla destalados. Encontrará a su tía yendo de una habitación a otra con un vaso de agua en la mano, murmurando en igbo una y otra vez: ¿Por qué os pedí a Nnedi y a ti que vinierais a verme? ¿Por qué me engañó de este modo mi *chi*? Y Chika agarrará a su tía con fuerza por los hombros y la llevará a un sofá.

De momento se desata el pañuelo de la pierna, lo sacude como para quitar las manchas de sangre y se lo devuelve a la mujer.

—Gracias.

—Lávate bien-bien la pierna. Saluda a tu hermana, saluda a los tuyos —dice la mujer, enrollándose la tela a la cintura.

-Saluda tú también a los tuyos. Saluda a tu bebé y a Halima. Más tarde, cuando vuelva andando a la casa de su tía, cogerá una piedra manchada de sangre seca y la sostendrá contra el pecho como un macabro souvenir. Y ya entonces, con una extraña intuición, sabrá que nunca encontrará a Nnedi, que su hermana ha desaparecido. Pero en ese momento se vuelve hacia la mujer y añade:

-¿Puedo quedarme con su pañuelo? Está sangrando otra vez.

La mujer la mira un momento sin comprender; luego asiente. Tal vez se percibe en su rostro el principio del futuro dolor, pero esboza una sonrisa distraída antes de devolverle el pañuelo y darse la vuelta para salir por la ventana.

## FANTASMAS

Hoy he visto a Ikenna Okoro, un hombre al que creía muerto hacía tiempo. Tal vez debería haberme agachado para coger un puñado de arena del suelo y habérselo arrojado, como muchos hacen para asegurarse de que no es un fantasma. Pero he recibido una educación occidental, soy un catedrático de matemáticas jubilado de setenta y un años, y se supone que he sido armado de suficiente ciencia para reírme con indulgencia de las costumbres de mi gente. No le he arrojado arena. De todos modos, no habría podido hacerlo aunque hubiera querido, porque nos encontrábamos sobre el suelo de hormigón de la secretaría de la universidad.

He ido allí para preguntar una vez más por mi pensión.

—Buenos días, profesor —ha dicho el oficinista de aspecto reseco, Ugwuoke—. Lo siento, pero aún no ha llegado el dinero.

El otro oficinista, cuyo nombre he olvidado, me ha saludado con la cabeza y también se ha disculpado mientras masticaba un pedazo rosa de nuez de cola. Están acostumbrados a esto. Yo también estoy acostumbrado, como lo están los tipos andrajosos que se han reunido bajo el árbol de las llamas, hablando fuerte y gesticulando. El Ministerio de Educación ha robado el dinero de las pensiones, ha dicho uno. Otro ha replicado que es el rector quien ha ingresado el dinero en cuentas personales de interés alto. Han prorrumpido en maldiciones contra el rector. Que se le encoja el pene. Que sus hijos no tengan hijos. Que muera de diarrea. Cuando me he acercado

a ellos, me han saludado y han sacudido la cabeza disculpándose por la situación, como si mi pensión de catedrático fuera más importante que las suyas de mensajero o chófer. Me llaman profesor, como casi todo el mundo, como los vendedores ambulantes que se sientan junto a sus bandejas debajo del árbol. ¡Profe! ¡Profe! ¡Venga, cómprese un buen plátano!

He charlado con Vicent, que era nuestro chófer cuando me nombraron decano en los años ochenta.

—Hace tres años que no hay pensiones, profe. Por eso la gente se jubila y muere.

—*O joka* —he dicho, aunque, por supuesto, él no necesita que le diga lo terrible que es.

—¿Cómo está Nkiru, profe? Supongo que le va bien en Estados Unidos.

Siempre pregunta por nuestra hija. A menudo nos llevaba a mi mujer, Ebere, y a mí a la facultad de medicina de Enugu para verla. Recuerdo que cuando Ebere murió, vino con sus parientes para ofrecer su *mgbalu* y pronunció un discurso conmovedor, aunque bastante largo, sobre lo bien que lo había tratado siempre Ebere cuando era nuestro chófer y que le había dado la ropa vieja de su niña para sus hijos.

—Nkiru está bien —he respondido.

—Por favor, salúdela de mi parte cuando hable con ella, profe.

—Lo haré.

Ha hablado un rato más de que somos un país que no ha aprendido a dar las gracias, de los estudiantes de las residencias que no le pagaban el tiempo que tardaba en remendarles los zapatos. Pero ha sido su nuez la que ha acaparado mi atención: subía y bajaba de forma alarmante, como si estuviera a punto de perforar la piel arrugada del cuello y salir. Vincent es más joven que yo, debe de tener unos sesenta largos, pero parece mayor. Todavía le queda un poco de pelo. Recuerdo recuerdo que era aficionado a leer mis periódicos, práctica

—Profe, ¿quiere comprarnos un plátano? El hambre nos está matando —ha dicho uno de los hombres reunidos bajo el árbol de las llamas.

Tenía una cara que me resultaba familiar. Me ha parecido que era el jardinero de mi vecino, el profesor Ijere. El tono era medio jocoso, medio serio, pero les he comprado cacahuetes y un montón de plátanos de todos modos. Aunque lo que realmente necesitaban todos esos hombres era crema hidratante. Tenían la cara y los brazos como la ceniza. Estamos casi en marzo, pero la estación de *harmattan* aún sigue: los vientos secos, la crepitante estática en la ropa, el polvo fino en las pestañas. Hoy me he aplicado más loción que de costumbre y vaselina en los labios, pero aun así me noto la palma de las manos y la cara tirantes de la sequedad.

Ebere solía burlarse de mí por no hidratarme lo suficiente, sobre todo en el *harmattan*, y a veces después de bañarme por la mañana me extendía su Nivea por los brazos, las piernas, la espalda. Tenemos que cuidar esta preciosa piel, decía con su risa juguetona. Siempre decía que mi cutis era lo que la había conquistado, ya que yo no tenía dinero como todos los demás pretendientes que habían acudido en tropel al piso de Elias Avenue en 1961. «Sin imperfecciones», lo describía. Yo no veía nada especial en mi tez oscura pero con los años llegó a enorgullecerme un poco, con las manos de masajista de Ebere.

—¡Gracias, profe! —han exclamado los hombres, y han empezado a bromear unos con otros sobre quién iba a repartir.

Me he quedado cerca escuchándolos. Era consciente de que hablaban con más educación porque yo estaba allí: la ebanistería no iba bien, los niños estaban enfermos, habían tenido más problemas con los prestamistas. Se reían a menudo. Albergan resentimiento, como es natural, pero de algún modo han logrado dejar su espíritu intacto. A menudo me pregunto si sería como ellos si no tuviera el dinero que ahorré con mis empleos en la Oficina Federal de Estadística y si Nkiru no insistiera en enviarme dólares que no necesito. Lo dudo; pro-

bablemente me habría encogido como una tortuga en su cas-  
parazón, dejando que se menoscabara mi dignidad.

Al final me he despedido y me he dirigido a mi coche, que  
he aparcado cerca de los siseantes pinos que separan la facul-  
tad de Magisterio de la secretaría. Ha sido entonces cuando he  
visto a Ikenna Okoro.

Él ha dicho primero mi nombre.

—¿James? James Nwoye, ¿verdad?

Se ha detenido boquiabierto y he visto que todavía tenía la  
dentadura completa. Yo perdí un diente el año pasado. Me nie-  
go a hacerme lo que Nkiru llama un tratamiento, pero aun así  
me ha molestado ver el juego dental completo de Ikenna.

—¿Ikenna? ¿Ikenna Okoro? —he preguntado con un tono  
indeciso que daba a entender algo imposible: la vuelta a la vida  
de un hombre que murió hace treinta y siete años.

—Sí, sí.

Ikenna se ha acercado más, titubeante. Nos hemos estre-  
chado la mano y nos hemos abrazado brevemente.

Nunca fuimos muy amigos; yo lo conocía en aquellos tiem-  
pos solo porque todo el mundo lo conocía. Era él quien, cuan-  
do el nuevo rector, un nigeriano educado en Inglaterra, anunció  
que todos los profesores debían ir encorbatados a clase, había  
seguido llevando sus túnicas de vivos colores desafiante. Era  
él quien había subido al podio del centro de profesores y ha-  
bía hablado hasta quedarse ronco sobre las peticiones que había  
que hacer al gobierno y cómo defender las mejores condi-  
ciones para el personal no académico. Daba clases de sociología,  
y aunque muchos de los que nos dedicábamos a las ciencias  
de verdad considerábamos a los de ciencias sociales como re-  
cipientes vacíos que tenían demasiado tiempo libre y escri-  
bían montones de libros ilegibles, a Ikenna lo veíamos de otro  
modo. Le perdonábamos su estilo autoritario, no tirábamos a  
la basura sus panfletos y admirábamos bastante le erudita acri-  
tud con que exponía los temas; su audacia nos convencía. Se-  
guía siendo un hombre encogido de ojos de rana y piel clara  
que se había descolorido, cubierta de manchas marrones de la

edad. Uno oía hablar de él en aquellos tiempos y trataba de disimular su gran decepción cuando lo veía, porque la profundidad de su retórica de algún modo pedía un físico mejor. Pero como dice mi gente, un animal feroz no siempre llena la cesta del cazador.

—¿Estás vivo? —he preguntado, bastante impresionado.

Mi familia y yo lo vimos el día que murió, el 6 de julio de 1967, el mismo día que abandonamos Nsukka con prisas, con el sol de un extraño rojo feroz en el cielo y el boom boom boom de las bombas que señalaba el avance de los soldados federales. íbamos en mi Impala. Los militares nos indicaron por señas que cruzáramos las puertas del campus y nos gritaron que no nos preocupáramos, que los vándalos, como llamábamos a los soldados federales, serían derrotados en cuestión de días y podríamos regresar. Los aldeanos, los mismos que buscarían comida en los cubos de basura de los profesores después de la guerra, pasaban andando, cientos de ellos, mujeres con cajas sobre la cabeza y bebés atados a la espalda, niños descalzos acarreando fardos, hombres empujando bicicletas o con ñames en las manos. Recuerdo que Ebere consolaba a nuestra hija Zik porque con las prisas habíamos olvidado su muñeca cuando vimos el Kadett verde de Ikenna. Conducía en sentido contrario hacia el campus. Toqué la bocina y detuve el coche: «¡No puedes volver!», grité. Pero él agitó una mano y dijo: «Tengo que recoger unos manuscritos». O tal vez: «He de coger unos materiales».

Me pareció muy temerario por su parte, porque las bombas se oían cerca y de todos modos nuestras tropas iban a hacer retroceder a esos vándalos en un par de semanas. Pero también se había apoderado de mí un sentido de invencibilidad colectiva, de legitimidad de la causa de Biafra, y no le di más vueltas hasta que me enteré de que Nsukka había caído el mismo día de nuestra evacuación y que habían tomado el campus. El portador de la noticia, un pariente del profesor Ezike, también nos dijo que habían matado a dos profesores. Uno de

ellos había discutido con los soldados federales antes de recibir un tiro. No hizo falta que nos dijera que había sido Ikenna. Ikenna se ha reído de mi pregunta.

—¡Lo estoy! ¡Estoy vivo!

Su respuesta le ha parecido aún más divertida, porque ha vuelto a reírse. Hasta su risa, ahora que pienso en ello, parecía descolorida, hueca, como el sonido agresivo que reverberaba por todo el centro de profesores en los tiempos en que se burlaba de los que no pensaban como él.

—Pero te vimos —he insistido—. ¿No te acuerdas? El día que evacuamos.

—Sí.

—Dijeron que no habías logrado salir.

—Sí que salí. Me fui de Biafra el mes siguiente.

—¿Saliste?

Es increíble que a estas alturas haya revivido el profundo rechazo que experimenté cuando oí hablar de los saboteadores (los llamábamos «sabos») que habían traicionado a nuestros soldados, nuestra causa justa, nuestra nación naciente, a cambio de un salvoconducto para cruzar Nigeria hacia la sal, la carne y el agua fresca de los que nos privaba el bloqueo.

—No, no fue así, no es lo que piensas. —Ikenna ha hecho una pausa y me he fijado en que la camisa gris le colgaba de los hombros—. Fui al extranjero en un avión de la Cruz Roja. A Suecia.

Había en él cierta indecisión, una falta de confianza en sí mismo que chocaba en un hombre que había movilizado a las masas con tanta facilidad. Recuerdo la primera manifestación que organizó después de que Biafra fuera declarada un Estado independiente, cómo todos nos congregamos en la plaza de la Libertad mientras él hablaba, y vitoreamos y gritamos: «¡Feliz Independencia!».

—¿Fuiste a Suecia?

—Sí.

No ha dicho nada más y me he dado cuenta de que no iba a explicar más, no iba a contarme cómo abandonó el campus

con vida y cómo se subió a ese avión; he oído hablar de los niños que llevaron en aviones a Gabón más avanzada la guerra, pero no sé de nadie que fuera evacuado en un avión de la Cruz Roja, y menos en fechas tan tempranas. El silencio entre nosotros se ha vuelto tenso.

—¿Has vuelto a estar en Suecia desde entonces?

—Sí. Toda mi familia se encontraba en Orlu cuando la bombardearon. Como no me quedó ningún ser querido con vida, no tenía motivos para volver. —Se ha detenido para soltar un sonido áspero que se suponía que era una carcajada, pero que ha sonado más bien como una serie de toses—. Estuve un tiempo en contacto con el doctor Anya. Me habló de reconstruir el campus y creo que me comentó que te habías ido a Estados Unidos después de la guerra.

En realidad, Ebere y yo regresamos a Nsukka inmediatamente después de que se acabara la guerra en 1970, pero solo unos días. Fue demasiado para nosotros. Encontramos nuestros libros reducidos a un montón de cenizas en el jardín delantero bajo el árbol paraguas. En la bañera había heces calcificadas entre las páginas de mis *Anales matemáticos* que habían sido utilizadas como papel higiénico, manchas con relieve que emborronaban las fórmulas que había estudiado y enseñado. Nuestro piano, el de Ebere, había desaparecido. La toga que había llevado al licenciarme en Ibadan la habían usado para limpiar algo y estaba cubierta de hormigas que entraban y salían ajetreadas, ajenas a mi mirada. Habían arrancado nuestras fotos y roto los marcos. De modo que nos marchamos a Estados Unidos y no volvimos hasta 1976. Cuando lo hicimos, nos asignaron una casa en la Ezenweze Street y durante mucho tiempo evitamos conducir por Imoke Street, porque no queríamos ver la vieja casa; más tarde nos enteramos de que los nuevos ocupantes habían talado el árbol paraguas. Se lo he contado todo a Ikenna, aunque no le he hablado del tiempo que vivimos en Berkeley, donde mi amigo norteamericano negro Chuck Bell me había concertado una entrevista para dar clases. Ikenna ha guardado silencio un rato y luego ha dicho:

—¿Cómo está tu hija Zik? Ya debe de ser toda una mujer. Siempre había insistido en pagar la Fanta de Zik cuando la llevábamos al centro de profesores el Día de la Familia, porque, según él, era la niña más guapa. Sospecho que era porque la habíamos llamado como nuestro presidente e Ikenna había sido zikista antes de afirmar que el movimiento era demasiado manso y abandonarlo.

—La guerra se la llevó —he dicho en igbo. Hablar de la muerte en inglés siempre ha tenido un inquietante sentido irrevocable para mí.

Ikenna ha respirado hondo, pero solo ha dicho «*Ndo*», «Lo siento». He agradecido que no preguntara cómo fue, no hay muchos cómo de todos modos, y que no pareciera exageradamente sorprendido, como si las muertes siempre fueran accidentes.

—Tuvimos otra hija después de la guerra —he añadido.

Pero Ikenna se ha puesto a hablar con prisas.

—Yo hice todo lo que pude. Dejé la Cruz Roja Internacional. Estaba llena de cobardes que no eran capaces de defender a seres humanos. Después de que derribaran ese avión en Eket dieron marcha atrás, como si no supieran que eso era exactamente lo que quería Gowon de ellos. Pero el Concilio Mundial de las Iglesias siguió mandando ayuda a través de Uli. ¡Por la noche! Yo estaba en Uppsala cuando se reunió. Fue la operación más grande que se llevaba a cabo desde la segunda guerra mundial. Yo me ocupé de la recaudación de fondos. Organicé las manifestaciones a favor de Biafra en todas las capitales europeas. ¿Te enteraste de la de Trafalgar Square? Estuve detrás de todo eso. Hice lo que pude.

No estaba seguro de qué hablaba. Daba la impresión de haberlo repetido una y otra vez. He mirado hacia el árbol de las llamas. Los hombres seguían allí reunidos, pero no alcanzaba a ver si habían acabado de comer los plátanos y los cacahuetes. Tal vez ha sido entonces cuando me he sumergido en una brumosa nostalgia, una sensación que no me ha abandonado.

—Chris Okigbo murió, ¿verdad? —ha preguntado Ikenna, haciéndome volver de golpe a la realidad.

Por un momento me he preguntado si quería que lo negara, que también invocara su fantasma. Pero Okigbo, nuestro genio, nuestra estrella, el hombre cuya poesía nos movilizaba a todos, hasta a los de ciencias, que no siempre la entendíamos, había muerto.

—Sí, la guerra se lo llevó.

—Perdimos un coloso en ciernes.

—Sí, pero al menos él fue lo bastante valiente para luchar.

En cuanto lo he dicho me he arrepentido. Solo quería hacer un homenaje a Chris Okigbo, que podría haber trabajado en uno de los consejos administrativos como hicimos los demás universitarios, pero que en lugar de ello había cogido un arma para defender Nsukka. No quería que Ikenna malinterpretara mi intención y me he preguntado si debía disculparme o no. Al otro lado de la calle se estaba levantando un pequeño torbellino de polvo. Los pinos se mecían siseantes por encima de nuestra cabeza y el viento ha arrancado las hojas secas de los árboles que hay más adelante. Tal vez por incomodidad he empezado a hablar a Ikenna del día que Ebere y yo volvimos en coche a Nsukka cuando terminó la guerra, del paisaje en ruinas, los tejados arrasados, las casas tan repletas de orificios de balas que Ebere comentó que parecían quesos suizos. Cuando llegamos a la carretera que recorre Aguleri, los soldados de Biafra nos detuvieron y nos metieron en el coche un soldado herido; la sangre caía en el asiento trasero y como había un rasgón en la tapicería, empapó todo el relleno, mezclándose con las entrañas de nuestro coche. La sangre de un desconocido. No estoy seguro de por qué he escogido contarle esta historia en particular, pero para aumentar su interés he añadiendo que el olor metálico de la sangre del soldado me hizo pensar en él, porque siempre había imaginado que los soldados federales le habían pegado un tiro y lo habían dejado morir, permitiendo que su sangre se extendiera por el suelo. No es verdad; ni me imaginé eso ni ese soldado herido me recordó

a Ikenna. Si a él le ha parecido extraña mi anécdota, no lo ha dicho. Solo ha asentido.

—He oído muchas historias. Muchas.

—¿Cómo es la vida en Suecia?

Él se ha encogido de hombros.

—Me jubilé el año pasado. Decidí volver y ver.

Dijo «ver» como si se refiriera a algo más de lo que uno hacia con los ojos.

—¿Qué hay de tu familia?

—No me he vuelto a casar.

—Oh.

—¿Y qué tal le va a tu mujer? Nnena, ¿verdad? —ha preguntado Ikenna.

—Ebere.

—Ah, sí, por supuesto. Una mujer encantadora.

—Ebere ya no está con nosotros. Desde hace tres años —ha respondido en igbo.

Me han sorprendido las lágrimas que le han vidriado los ojos. No se acordaba cómo se llamaba y sin embargo ha llorado su pérdida, o tal vez lloraba una época llena de posibilidades. Ikenna, me he dado cuenta, es un hombre que lleva encima el peso de lo que podría haber sido.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—No te preocupes. Viene de visita.

—¿Cómo? —ha preguntado él con una expresión perpleja, aunque era evidente que me había oido.

—Viene de visita. Viene a verme.

—Entiendo —ha respondido Ikenna con el tono conciliador que uno reserva para los locos.

—Quiero decir que iba de visita a Estados Unidos muy a menudo; nuestra hija es médico allí.

—¿Ah sí? —ha respondido Ikenna demasiado alegremente.

Parecía aliviado. No era de extrañar. Nosotros somos los cultos, los que hemos sido educados para mantener fijos los límites de lo que se considera real. Yo era como él hasta que Ebere apareció por primera vez tres semanas después de su fu-

neral. Nkiru y su hijo acababan de regresar a Estados Unidos. Estaba solo. Cuando oí la puerta de abajo cerrarse y abrirse, y cerrarse de nuevo, no pensé nada. Siempre ocurría con el aire nocturno. Pero a través de la ventana del dormitorio no se oía el susurro de las hojas, el susurro de los árboles de neem y los anacardos. Fuera no soplaba el viento. Aun así la puerta de abajo se abría y se cerraba. En retrospectiva, dudo que me asustara tanto como debiera. Oí los pies por las escaleras, muy parecidos a los de Ebere, más pesados cada tercer paso. Me quedé tumbado en la oscuridad de nuestra habitación. Luego sentí como apartaban el edredón y unas manos me masajeaban con suavidad los brazos, las piernas, el pecho, la cremosa suavidad de la loción, y un agradable letargo se apoderó de mí, un letargo que no logró combatir cada vez que viene. Me desperté, como sigo haciendo después de sus visitas, con la piel suave e impregnada del olor de Nivea.

A menudo quiero decirle a Nkiru que su madre viene una vez por semana durante el *harmattan* y menos a menudo en la estación lluviosa, pero entonces tendrá por fin un motivo para llevarme consigo a Estados Unidos y me veré obligado a vivir una vida tan acolchada de comodidades que será estéril. Una vida plagada de lo que llamamos «oportunidades». Una vida que no está hecha para mí. Me pregunto qué habría pasado si hubiéramos ganado la guerra en 1967. Tal vez no estaríamos buscando estas oportunidades en el extranjero y no tendría que preocuparme por nuestro nieto, que no habla igbo y que la última vez que vino a verme no entendía por qué se esperaba de él que dijera «buenas tardes» a los desconocidos, porque en su mundo uno tiene que justificar las cortesías más simples. Pero ¿quién sabe? Tal vez nada habría cambiado aunque hubiéramos ganado.

—¿Le gusta Estados Unidos a tu hija? —ha preguntado Ikenna.

—Le va muy bien.

—¿Y has dicho que es médico?

—Sí. —Me ha parecido que Ikenna merecía algo más de información, o tal vez no ha desaparecido aún la tensión de mi

anterior comentario, porque he añadido—: Vive en una ciudad pequeña de Connecticut, cerca de Rhode Island. El hospital puso un anuncio para un puesto de médico y cuando ella se presentó, echaron un vistazo a su título de Nigeria y le dijeron que no querían un extranjero. Pero, verás, ella ha nacido en Estados Unidos, la tuvimos mientras vivíamos en Berkeley, yo estuve dando clases allí cuando fuimos a Estados Unidos después de la guerra, de modo que tuvieron que aceptarla. —Me he reído, esperando que Ikenna se riera conmigo. Pero no lo ha hecho. Ha mirado con cara solemne a los hombres reunidos bajo el árbol—. Bueno, al menos ahora no es tan horrible como antes. ¿Recuerdas lo que era estudiar en tierra de oyibos a finales de los cincuenta?

Él ha asentido para demostrar que se acordaba, aunque nuestra experiencia como estudiantes en el extranjero no puede haber sido la misma; él es un hombre de Oxford mientras que yo fui de los que consiguieron una beca del Fondo Universitario de Afroamericanos Unidos para estudiar en Estados Unidos.

—El centro de profesores es una sombra de lo que era —ha comentado Ikenna—. He ido esta mañana.

—Hace mucho que no voy por ahí. Aun antes de jubilarme llegó un momento en que me sentí demasiado viejo y fuera de lugar. Esos novatos son unos ineptos. Ninguno enseña nada. Ninguno tiene ideas nuevas. No hay más que politiquero mientras los estudiantes compran sus títulos con dinero o con su cuerpo.

—¿En serio?

—Ya lo creo. Todo se ha derrumbado. Las sesiones del consejo universitario se han convertido en batallas de culto a la personalidad. ¿Te acuerdas de Josephat Udeana?

—El gran bailarín.

Me he quedado sorprendido por un momento porque hacía mucho que no pensaba en Josephat como lo que era justo antes de la guerra, con diferencia el mejor bailarín de ballet que teníamos en el campus.

—Exacto —he dicho, y he agradecido que los recuerdos de Ikenna se hubieran paralizado en una época en que yo todavía creía que Josephat era un hombre íntegro—. Josephat fue rector durante seis años y llevó esta universidad como si fuera el gallinero de su padre. El dinero desapareció y de pronto empezamos a ver coches nuevos con el nombre de fundaciones extranjeras que no existían. Algunos acudieron a los tribunales, pero de nada sirvió. Él dictaminaba quién debía ascender y quién no. En pocas palabras, actuaba como todo un consejo universitario. El rector actual sigue fielmente sus pasos. ¿Sabes? No me han pagado la pensión desde que me jubilé. Acabo de salir de la secretaría.

—¿Y por qué nadie hace nada? ¿Por qué? —ha preguntado Ikenna, y por un instante el viejo Ikenna ha estado allí, en la voz y en la indignación, y he vuelto a recordar su intrepidez. Podría acercarse a un árbol y darle un puñetazo.

—Bueno —he respondido encogiéndome de hombros—, muchos de los profesores están cambiando sus fechas de nacimiento. Van a los de recursos humanos y sobornan a alguien para que añada cinco años. Nadie quiere jubilarse.

—Eso no está bien. No está nada bien.

—No está pasando solo aquí, sino en todo el país.

He sacudido la cabeza de lado a lado con la lentitud que mi gente ha perfeccionado al referirse a estos asuntos, dando a entender que la situación es, por desgracia, ineludible.

—Sí, la calidad está cayendo en todas partes. Acabo de leer en el periódico sobre los medicamentos falsificados —ha dicho Ikenna, e inmediatamente he pensado que era una coincidencia bastante oportuna.

La venta de medicamentos caducados es la última plaga de nuestro país, y si Ebere no hubiera muerto, me habría parecido normal llevar la conversación hacia esos derroteros. Pero he desconfiado. Tal vez Ikenna ha oído hablar de cómo Ebere estuvo ingresada en el hospital cada vez más débil, el desconcierto de su médico al ver que no se recuperaba con la medicación, mi angustia y cómo nadie supo que

los medicamentos eran ineficaces hasta que fue demasiado tarde. Tal vez Ikenna quería hacerme hablar de ello para que le dejara ver algo más de la locura que ya había percibido en mí.

—Los medicamentos falsificados son una atrocidad —he dicho con tono grave, resuelto a no añadir nada más.

Pero tal vez me he equivocado con las intenciones de Ikenna, porque no ha insistido en el tema. Ha vuelto a mirar a los hombres de debajo del árbol y me ha preguntado:

—¿Y a qué dedicas tus días?

Parecía intrigado, como si quisiera saber qué clase de vida llevo yo solo en un campus universitario que es una sombra de lo que fue, esperando una pensión que nunca llega.

He sonreído y respondido que descansaba. ¿No es lo que hace uno al jubilarse? ¿Acaso no llamamos en igbo a la jubilación «el descanso de la vejez»?

A veces voy a ver a mi viejo amigo el profesor Maduewe. Doy paseos por los campos desvaídos de la plaza de la Libertad, con su hilera de mangos. O por la avenida de Ikejiani, donde las motos pasan a gran velocidad con los estudiantes montados a horcajadas, acercándose demasiado unas a otras para evitar los baches. En la estación lluviosa, cuando descubro un nuevo cauce donde los aguaceros se han comido la tierra, siento una oleada de logro. Leo los periódicos. Como bien; mi criado Harrison viene cinco días a la semana y su sopa de *onugbu* es única. Hablo a menudo con nuestra hija por teléfono y cuando me cortan la línea, que es cada dos por tres, corro a NITEL y soborno a alguien para que me la arregle. En mi despacho polvoriento y abarrotado desentierro publicaciones viejísimas. Inhalo hondo el olor de los árboles de neem que separan mi casa de la del profesor Ijere; un olor que se supone que es medicinal, aunque ya no estoy seguro de lo que dicen que cura. No voy a la iglesia; dejé de ir después de la primera visita de Ebere porque ya no tengo dudas. Es nuestra incertidumbre acerca de la vida después de la muerte lo que nos empuja hacia la religión.

siento en el porche y veo cómo los buitres se posan en mi tejado, e imagino que miran hacia abajo divertidos.

«¿Es una buena vida, papá?», ha empezado a preguntarme Nkiru últimamente por teléfono, con ese leve acento norteamericano ligeramente inquietante. No es ni buena ni mala, le digo, es la mía. Y eso es lo que importa.

Otro remolino de polvo nos ha hecho parpadear y he invitado a Ikenna a ir a casa para sentarnos y charlar como es debido, pero él ha dicho que tenía que ir a Enugu, y cuando le he preguntado si pasaría más tarde, ha hecho un gesto vago con las manos dando a entender que sí. Pero sé que no lo hará. No volveré a verlo. Lo he observado alejarse, ese hombre duro, y he vuelto en coche a casa pensando en la vida que podríamos haber tenido todos los que íbamos al centro de profesores en los buenos tiempos de antes de la guerra. He conducido despacio, porque las motos no respetan las normas viales y mi vista ya no es tan buena.

La semana pasada le hice una pequeña rascada a mi Mercedes al dar marcha atrás, por lo que he tenido cuidado al aparcar en el garaje. Tiene veintitrés años pero funciona muy bien. Recuerdo cómo se emocionó Nkiru cuando llegó de Alemania, donde yo lo había comprado al ir a recibir el premio de la Academia de Ciencias. Era el último modelo. Yo no lo sabía, pero sus amigos adolescentes sí, y todos iban a casa para ver el cuentakilómetros y pedirme permiso para tocar los paneles del salpicadero. Hoy día todo el mundo lleva un Mercedes; los compran en Cotonou de segunda mano, sin retrovisores ni faros. Ebere se burlaba de ellos, diciendo que nuestro coche era viejo pero mucho mejor que todo esos trastos *tuke-tuke* que la gente conducía sin cinturón de seguridad. Todavía tiene sentido del humor. A veces, cuando viene a verme, me hace cosquillas en los testículos al rozarlos con los dedos. Sabe muy bien que la medicación para la próstata ha apagado las cosas ahí abajo y solo lo hace para tomarme el pelo con su risa ligeramente burlona. En su entierro, cuando nuestro nieto leyó su poema «Sigue riendo, abuela», pensé que el

título era perfecto, y las palabras infantiles casi me arrancaron las lágrimas, a pesar de mi sospecha de que Nkiru había escrito casi todo.

He recorrido el jardín con la mirada mientras me acercaba a la puerta. Harrison se ocupa un poco del jardín, sobre todo riega en esta estación. Los rosales solo son tallos, pero al menos los resistentes arbustos de cereza están de un verde polvoriento. He encendido el televisor. En la pantalla seguía lloviendo, aunque la semana pasada vino a arreglarlo el hijo del doctor Otagbu, el brillante joven que estudia ingeniería electrónica. Mis canales satélite dejaron de verse con la última tormenta, pero todavía no he ido a la oficina a buscar a alguien que me los mire. De todos modos, uno puede pasar unas semanas sin la BBC y la CNN, y los programas de la NTA son bastante buenos. Fue en la NTA donde hace unos días transmitieron una entrevista a otro hombre acusado de importar medicamentos falsificados, concretamente para la fiebre tifoidea. «Mis fármacos no matan —dijo mirando con los ojos muy abiertos la cámara como si apelara a las masas—. Simplemente no curan.» Apagué el televisor porque no podía soportar seguir viendo los gruesos labios del hombre. Pero no me ofendí, al menos no tanto como lo habría hecho si Ebere no me visitara. Solo esperaba que no lo dejaran suelto y volviera a la China o la India o a dondequiera que fuera para importar medicamentos caducados que no matan a la gente, es cierto, solo se aseguran de que la enfermedad los mate.

Me he preguntado por qué en todos los años que han transcurrido desde la guerra nunca se ha sabido que Ikenna Okoro no había muerto. Es cierto que a veces hemos oído hablar de hombres a los que habían dado por muertos y aparecieron en la puerta de su casa meses o incluso años después de enero de 1970. Puedo imaginar la cantidad de arena que habrán arrojado sobre esos hombres deshechos sus familiares, suspendidos entre la incredulidad y la esperanza. Pero casi nunca hablamos de la guerra. Cuando lo hacemos es con una vaguedad deliberada, como si lo importante no fuera que nos apretujábá-

mos en refugios de barro durante los ataques aéreos después de los cuales enterrábamos los cadáveres con trozos rosas en su piel ennegrecida, ni que comíamos peladuras de yuca y vimos la tripa de nuestros hijos hincharse de malnutrición, sino que sobrevivimos. Hasta Ebere y yo, que habíamos discutido durante meses sobre el nombre de nuestra primera hija, Zik, nos pusimos rápidamente de acuerdo en el de la segunda, Nkiruka; lo que tenemos por delante es mejor.

Estoy sentado en mi estudio, donde corregía los exámenes de mis alumnos y ayudaba a Nkiru a hacer sus deberes de matemáticas. El sofá de cuero está gastado. La pintura pastel de encima de los estantes está desconchada. En el escritorio, sobre un grueso listín, está el teléfono. Tal vez suene y Nkiru me diga algo de nuestro nieto, lo bien que le ha ido hoy en el colegio, algo que me hará sonreír, aunque creo que los profesores en Estados Unidos no son lo bastante serios y dan sobresalientes con demasiada facilidad. Si no suena pronto, me bañaré y me iré a la cama, y en la silenciosa oscuridad de la habitación esperaré a oír el ruido de la puerta al abrirse y cerrarse.